

**Solemnidad de Todos los Santos, 2013**  
**Monasterio de S. Benito, Talavera de la Reina**  
**25 º aniversario de Profesión de Madre Eugenia**

*Lecturas: Apocalipsis 7:2-4.9-14; 1 Juan 3:1-3; Mateo 5:1-12*

«Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?» (Ap 7,13)

El espectáculo de la santidad suscita siempre en nosotros la pregunta. ¿Quiénes son los santos? ¿Quién es santo? Y ¿de dónde viene la plenitud de su vida? ¿De dónde vienen?; ¿qué camino hicieron? ¿Qué les ha hecho puros como el vestido blanco que llevan? Y, ¿con qué fuerza ganaron la palma de su martirio, del testimonio que expresan? Estas preguntas surgen no sólo por la curiosidad, sino por un deseo: el deseo de una plenitud de vida para nosotros, de una pureza y de una fuerza que queremos, para nuestras vidas, porque cada uno de nosotros tiene en sí mismo el anhelo de una vida plena, hermosa, realizada, segura. El deseo de la verdad y la plenitud de la vida en nosotros coincide con el deseo de la felicidad; en efecto, en un cierto sentido lo supera, porque percibimos a la vez que la felicidad sólo externa, basada en el tener o en la apariencia, y que no se corresponde con una mayor verdad de la vida, nunca es suficiente, nos decepciona. El corazón humano anhela poseer un bien supremo del cual pueda ser no sólo poseedor o espectador, sino partícipe.

Esta verdadera plenitud de la vida, la felicidad de nuestro ser, no está en nosotros, no proviene de nosotros. Por esta razón la queremos, simplemente porque no somos dueños. «Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?»: ¿Cómo llegaron a ser lo que son? Esta es la pregunta que nos interesa, que nos fascina, y no sabemos qué responder por sí mismos: "¡Señor mío, tú lo sabes!", responde el vidente del Apocalipsis al anciano (Ap 7,14).

Entonces el anciano responde introduciendo un tema que se reanudará en todas las lecturas de la Misa de hoy, el tema de la purificación: "Éstos son los que han salido de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero" (7,14). San Juan nos dice en la segunda lectura: "Seremos semejantes a él y lo veremos como él es. Todo el que tiene puesta en Jesucristo esta esperanza se purifica, así como él es puro" (1 Jn 3,2-3).

Todas las religiones tienen ritos de purificación. Incluso en las sociedades secularizadas occidentales, ya que fueron rechazados con desdén y desprecio las formas religiosas de purificación, los hábitos de higiene para purificar personas y ambientes se han convertido en normas extremas y neuróticas. El hombre sabe, el hombre reconoce ser pecador, de no ser puro y realmente verdadero, sincero consigo

mismo y con los demás. Y a menudo el hombre desespera de poder serlo, se acostumbra a no serlo, aunque a esto tiene que acostumbrarse, a estar también triste, insatisfecho consigo mismo y de todos.

El anuncio cristiano, la buena noticia del Evangelio, nos sorprende en esta misma tentación de resignarse a la tristeza de no ser santos. Recuerdo una reunión en los jardines de Castel Gandolfo con Juan Pablo II en 1980. Éramos un grupo de estudiantes universitarios, sentados en el suelo a su alrededor, que respondía a nuestras preguntas. También se habló de la santidad, y alguien mencionó la frase de León Bloy: "Hay una sola tristeza, la de no ser santos" (*La femme pauvre*, in fine). El Papa respondió: "¡Está bien, pero no olvidemos que la santidad es verdaderamente posible!".

Sí, la santidad es posible porque más que una conquista, es un don, una gracia que Cristo nos comunica. Y de hecho, la purificación que nos hace santos, no es purificarnos a nosotros mismos, sino una purificación en Cristo: "Éstos son los que han salido de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero" (Ap 7,14).

Jesús en el Evangelio de hoy enumera las Bienaventuranzas. Ellas, también, son fundamentalmente una forma de purificación, la purificación que describe el Apocalipsis: al pasar por la tribulación en el mundo lavamos nuestras vidas en la sangre del Cordero Pascual. La tribulación no procede de Dios, como tampoco provienen de Él el llanto, las discordias, las injusticias, las persecuciones, los insultos, las calumnias que aparecen en esta página del Evangelio. Todo esto es parte de la condición humana deteriorada por el pecado. Pero precisamente en esta "gran tribulación", en esta distancia de la condición humana de la bondad de Dios, en Cristo es donde se establece el camino de la santidad, la vía que nos purifica para poder acoger la plenitud de nuestra felicidad y la bienaventuranza de la santidad.

La bienaventuranza siempre se nos otorga: el reino de Dios se nos da, se da el consuelo, se recibe la herencia de la tierra, un Otro nos satisface, la misericordia se nos da, el Rostro de Dios nos aparecerá, la adopción de hijos se nos da: ¡todo es gracia! Pero la santidad no está sólo en la recompensa; está ya en el camino, ya en la posibilidad y la decisión de vivir a través de la tribulación, un camino de plenitud, un camino que nos purifica, en el que la sangre de Cristo nos lava. En cualquier tribulación (¡y todos las pasamos en una u otra forma!) se nos ha dado para poder estar en contacto directo y salvífico con la sangre derramada de Jesús; es decir, con la vida misma de Jesús entregada por nosotros. En el camino de la vida, la gracia que la Iglesia nos trasmite constantemente es de vivir todo, incluso aquello que nos atormenta, en comunión con la vida y el amor de Jesucristo.

La sangre del Cordero no nos purifica sólo exteriormente: nos transforma interiormente en Él, en hijos e hijas del Padre en Él. El santo cristiano es hijo de Dios: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (1 Jn 3,1). "Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5,9). ¡Y realmente lo son! Como realmente son hermanos y hermanas de todos en la paz que sólo Dios puede dar.

El camino trazado por San Benito en su Regla es un camino de santidad, y como tal tiene todas las características que las lecturas de esta solemnidad nos ayudan a meditar. Es un camino de beatitud, o más bien, un camino de las Bienaventuranzas. Festejar con Madre Eugenia el 25º aniversario de Profesión es, por lo tanto, una ocasión para pararse un momento y observar la gracia de este camino, que siempre es personal, una historia única para cada uno, a pesar de que no podamos vivirla solos, porque Cristo nos quiere "llevar a todos juntos a la vida eterna" (RB 72,12).

San Benito en la Regla no censura la "gran tribulación" por la que tenemos que pasar, que a menudo es grande porque está compuesta de miles y pequeñas tribulaciones cotidianas. La Regla no censura nada, ni siquiera las tribulaciones que vienen de nuestra debilidad y pequeñez. Pero, como en las Bienaventuranzas que Jesús proclama como un canto, como el Magnificat de María, la gratitud brota del corazón al contemplar la gracia de Dios, que hace todo positivo, purificándonos a través de cada cosa, asemejándonos más a Jesús, o al menos uniéndonos más a Él, aferrándonos más a Jesús a través de todas las circunstancias de la vida.

Y entonces vemos con emoción que también en nuestra vida, todos los días, en cada ocasión, surge una fuente de vida, de plenitud de vida, de alegría, de amor, de santidad, de felicidad: la fuente inagotable de la sangre del Cordero!

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*